

## 040. La vivencia de María

Es un hecho innegable que la Iglesia ama a María, que le tributa una devoción tierna, que su culto es parte integrante del cristianismo. Esto no puede venir más que de Dios, tiene por inspirador al Espíritu Santo, y es la consecuencia del encargo de Jesús moribundo a su Madre y al discípulo amado:

- *Mujer, cuida de tus hijos. Juan, atiende a tu madre.*

Nos preguntamos entonces: ¿Cómo se practica en la Iglesia la devoción a María?  
¿Qué manifestaciones tiene al amor a la Virgen?

Para unos, es cariño infantil, medallas, estampas, flores, plegarias, cantos..., salido todo del corazón.

Para otros es algo más profundo: es una vivencia, una compenetración con María, un vivir con María, de María, como María, para ser así más de Jesús.

Porque María no se nos queda para Sí misma, sino que nos lleva necesariamente a su Hijo Jesús, nos pone en sus manos, y Jesús nuestro Mediador nos entrega al Padre, para que Dios, en vida y en muerte y en eternidad sea todo en todos.

Un santo lo expresaba con esta súplica dirigida constantemente a la Virgen:

- *María, ven y vive en mí* (Miguel Palau Cmf)

Y en nuestro días se ha hecho célebre y hasta inmortal el lema del gran Papa:

- *Totus tuus*, todo completamente tuyo.

Tanto el humilde religioso como Juan Pablo II han llegado a ser dos santos enormes, porque María se ha encargado de su formación cristiana.

Esto no puede venir, nos repetimos, sino del Espíritu Santo, que signe la norma que Él mismo se estableció en el Evangelio. La formación de Jesús la realizó María por obra del Espíritu Santo, y el Espíritu Santo sigue formando en nosotros a Jesús con la colaboración maternal de María la Virgen.

Es la historia de siempre. María, cuando vive en el corazón, nos lleva a Jesús el Salvador.

Es emocionante la historia de aquel médico católico en China. Atiende a un enfermo que le instruye en la fe cristiana, le deja en recuerdo un crucifijo y un devocionario, y le recomienda vivamente:

- *Habla con un sacerdote católico cuando tengas ocasión, pero no acudas a él si no honra y no ama a la Virgen Santísima.*

Pasan años y más años sin que llegue por allí un misionero. Al fin, viene el Obispo. Se le acerca un hombre anciano y casi ciego, que le pregunta:

- *¿Eres tú cristiano?*

- *Sí, soy cristiano.*

- *¿Y honras a la Santísima Virgen, o no?*

- *¡Claro, que sí! Yo honro a la Virgen María y la amo más que a todos los Angeles y Santos, pero, como es natural, no de la misma manera que a Dios nuestro Señor.*

Al anciano se le cubren de lágrimas sus ojos nublados, y responde con emoción:

- *¡Cuarenta años han pasado desde entonces! Creí desde un principio, y he sido odiado, perseguido y despojado de mis bienes por causa de mi fe. La Virgen María me ha traído hasta aquí para poder recibir el Bautismo.*

El anciano tan santico fue bautizado, recibió la Eucaristía y poco después se iba al Cielo con un alma tan pura... (Vicario Apostólico de Yunnan)

El apóstol San Pablo tiene una expresión misteriosa cuando dice:

*- Dios ha mandado su Hijo, nacido de mujer, para que recibiésemos la adopción de hijos. Y que vosotros sois hijos lo prueba el hecho de que el Espíritu Santo de su Hijo, derramado en nuestros corazones, nos hace gritar: ¡Abbá, Padre! (Gálatas 4,4-5)*

En este célebre texto bíblico se ve cómo la Santísima Trinidad, en sus Tres Divinas Personas, es la fuente de nuestra salvación. Pero la Virgen María, de la que Dios quiso servirse para venir hasta nosotros, es concausa de la gracia redentora.

Si Jesucristo es el Redentor y el Mediador único de la salvación (1Timoteo 2,5), María es la primera redimida y del modo más perfecto. Por eso la saluda Dios mismo en la Biblia con elogios que nadie más ha podido escuchar jamás:

*- La llena de gracia... , La bendita entre las mujeres..., La que será aclamada dichosa por todas las generaciones.*

Por eso María es la encargada con el Espíritu Santo por Dios para llevarnos a su Hijo Jesús y por Jesús al Padre. María no se nos queda para sí misma. María tiene la misión —y Ella la cumple escrupulosamente— de llevarnos a Dios.

María siente por nosotros verdadera ternura maternal, infundida en su alma bendita por el Espíritu Santo desde que Jesús la constituyó y declaró en la Cruz como Madre nuestra, Madre de toda la Iglesia.

Igual que nosotros —también por la gracia que nos infunde el Espíritu Santo— sentimos un intenso amor filial hacia la Mujer bendita que es Madre nuestra.

¿Cómo no vamos a querer a la Virgen María? ¿Cómo no la vamos a obsequiar y a cantar y a invocar? ¿Cómo no vamos a querer que venga a vivir en nosotros? ¿Cómo no vamos a ser todos suyos?...

¡Qué segura está nuestra salvación cuando María la toma por su cuenta!...